

MARÍA DEL REFUGIO GONZÁLEZ LOZANO

INFANTILIZAR TAMBIÉN ES VIOLENCIA:

CUANDO EL TRATO “AMABLE” HACIA LOS ADULTOS MAYORES LES QUITA VOZ,
DECISIÓN Y DIGNIDAD EN ESPACIOS FAMILIARES, EDUCATIVOS E INSTITUCIONALES

En muchas sociedades contemporáneas se ha instalado una idea aparentemente incuestionable: los adultos mayores deben ser tratados con especial cuidado, paciencia y consideración. Bajo ese principio, familias, instituciones educativas, espacios laborales y organismos de atención social procuran adoptar un lenguaje “amable” y conductas “protectoras” hacia quienes han alcanzado edades avanzadas. En apariencia, se trata de una práctica empática, incluso ética. Sin embargo, detrás de esa intención bienintencionada se esconde una tensión poco discutida: cuando el cuidado se transforma en condescendencia y la amabilidad en paternalismo, el resultado puede ser una forma sutil pero profunda de violencia simbólica.

Infantilizar a los adultos mayores hablarles como si fueran niños, tomar decisiones por ellos, suponer que ya no comprenden lo que ocurre o excluirlos de conversaciones relevantes es una práctica ampliamente normalizada. Se presenta como un gesto de protección, cuando en realidad implica la negación progresiva de su autonomía. El problema no radica en el afecto o en el deseo de ayudar, sino en la manera en que ese afecto se traduce en una relación desigual que despoja a la persona mayor de su voz, de su capacidad de decisión y, finalmente, de su dignidad como sujeto pleno dentro de la vida social.

Este fenómeno es particularmente preocupante porque suele pasar desapercibido. A diferencia de otras formas de violencia más visibles, la infantilización se disfraza de cortesía. Se expresa en diminutivos aparentemente inofensivos, en tonos de voz exageradamente suaves, en frases que reducen la complejidad de la experiencia de una persona mayor a un estado permanente de fragilidad. El mensaje implícito es claro: se asume que la edad avanzada equivale inevitablemente a incapacidad, dependencia o pérdida de criterio.

El problema no es solo lingüístico. El lenguaje es apenas la superficie de una lógica cultural más profunda que sitúa a la vejez en una posición subordinada dentro del imaginario social. La sociedad contemporánea, obsesionada con la productividad, la velocidad y la innovación constante, suele interpretar el envejecimiento como una forma de obsolescencia. Bajo esa mirada, la experiencia acumulada deja de ser un valor y se convierte en un atributo secundario frente a la supuesta eficiencia de las generaciones más jóvenes.



En ese contexto, el trato paternalista aparece como una respuesta cultural automática. Cuando un adulto mayor expresa una opinión firme, con frecuencia se interpreta como terquedad. Cuando toma decisiones propias, se sospecha de su capacidad para evaluar riesgos. Cuando defiende su independencia, se percibe como una actitud poco realista frente a las “limitaciones de la edad”. Así, el entorno social comienza a reorganizarse alrededor de la idea de que otros deben decidir por él o por ella. Esta dinámica se observa con claridad en los espacios familiares. Es común que los hijos o nietos, con la intención de “evitar preocupaciones”, comiencen a administrar aspectos importantes de la vida de sus mayores sin consultarles realmente. Las decisiones sobre su salud, su economía, su movilidad o incluso su lugar de residencia terminan discutiéndose entre terceros mientras la persona directamente afectada queda relegada a un papel simbólico dentro de la conversación.

En muchos casos, el argumento que justifica estas prácticas es el mismo: se hace “por su bien”. Pero ese razonamiento revela una contradicción profunda. Proteger a alguien no debería implicar anular su capacidad de participar en las decisiones que afectan su propia vida. Cuando el cuidado se ejerce desde una posición de superioridad, deja de ser cuidado y se convierte en control.

Las instituciones tampoco están exentas de esta lógica. En hospitales, centros de atención social, programas educativos o espacios comunitarios, los adultos mayores suelen ser tratados bajo protocolos diseñados desde una visión homogénea de la vejez. Se les agrupa en categorías genéricas, se simplifica su participación y se reduce su capacidad de intervenir activamente en procesos que podrían enriquecerse precisamente con su experiencia.

En el ámbito educativo, por ejemplo, los programas dirigidos a personas mayores suelen adoptar un tono excesivamente simplificado, como si el aprendizaje en etapas avanzadas de la vida exigiera necesariamente contenidos básicos o dinámicas infantilizadas. Se olvida que muchas de estas personas han acumulado décadas de experiencia profesional, social y cultural. Reducir sus espacios de participación a actividades meramente recreativas o pedagógicamente condescendientes es, en el fondo, una forma de invisibilizar su trayectoria. Algo similar ocurre en entornos institucionales donde la comunicación se dirige más a los familiares que a la persona mayor. Médicos, funcionarios o cuidadores suelen explicar diagnósticos, tratamientos o decisiones administrativas a los acompañantes, como si el paciente o usuario principal fuera incapaz de comprender o participar en la conversación. Esa exclusión comunicativa, repetida día tras día, va erosionando la percepción de autonomía de quien la padece.

El impacto de estas prácticas no es menor. Cuando una persona es sistemáticamente tratada como incapaz de decidir, inevitablemente comienza a interiorizar esa percepción. La autonomía no solo se pierde por limitaciones físicas o cognitivas; también se debilita cuando el entorno social deja de reconocerla. En ese sentido, la infantilización produce un efecto acumulativo: cada gesto de condescendencia, cada decisión tomada sin consulta, cada conversación donde se habla “sobre” la persona en lugar de hablar “con” ella refuerza la idea de que su participación ya no es necesaria.

Existe además una dimensión ética que suele quedar fuera del debate. El respeto a la dignidad humana implica reconocer a cada individuo como sujeto de derechos y decisiones, independientemente de su edad. Cuando el trato cotidiano transforma a los adultos mayores en objetos de cuidado en lugar de protagonistas de su propia vida, se produce una forma de deshumanización discreta pero persistente.

Esta situación se agrava porque la infantilización se legitima culturalmente. En muchos contextos, hablar a un adulto mayor con diminutivos o con un tono excesivamente protector se percibe como una muestra de cariño. Quien cuestiona ese trato puede ser acusado de frialdad o falta de sensibilidad. De esta manera, una práctica problemática queda protegida por la apariencia de afecto. El desafío consiste en distinguir entre cuidado y paternalismo. Cuidar implica acompañar, facilitar, apoyar cuando es necesario. Paternalizar implica sustituir la voluntad del otro. La diferencia puede parecer sutil, pero tiene consecuencias profundas en la forma en que se construyen las relaciones intergeneracionales.

Reconocer esa diferencia exige revisar muchas prácticas normalizadas. Implica aceptar que la autonomía no desaparece automáticamente con la edad. También exige admitir que el respeto no consiste en suavizar el lenguaje o adoptar un tono condescendiente, sino en tratar a las personas mayores como interlocutores plenos, capaces de expresar preferencias, desacuerdos y decisiones.

Desde una perspectiva profesional, este cuestionamiento es especialmente relevante. Quienes trabajan en áreas de salud, educación, gestión social o atención comunitaria tienen una responsabilidad particular en la forma en que se construyen estas relaciones. Los protocolos institucionales, el lenguaje utilizado en la atención cotidiana y las dinámicas de participación pueden reforzar o desafiar la lógica de la infantilización.

El problema no se resolverá únicamente con buenas intenciones. Requiere un cambio cultural más amplio que reconozca el envejecimiento como una etapa de la vida con derechos, capacidades y experiencias propias. En lugar de situar a los adultos mayores en un lugar simbólico de fragilidad permanente, es necesario recuperar la idea de que siguen siendo actores sociales con voz legítima en los espacios que habitan.

Cuestionar la infantilización no significa negar que el envejecimiento pueda implicar necesidades de apoyo. Significa reconocer que esas necesidades no justifican la pérdida automática de autonomía. Una sociedad verdaderamente respetuosa no es aquella que protege a los mayores como si fueran incapaces, sino aquella que crea condiciones para que puedan seguir participando activamente en la toma de decisiones sobre su vida. En última instancia, el trato que una sociedad da a sus adultos mayores revela mucho sobre su concepción de la dignidad humana. Si el respeto se reduce a gestos amables que esconden relaciones de poder desiguales, entonces la amabilidad deja de ser una virtud para convertirse en una máscara.

Tal vez la pregunta que debería incomodarnos no es si tratamos bien a las personas mayores, sino si realmente las escuchamos. Porque entre el afecto genuino y la condescendencia existe una frontera delicada, y cruzarla aunque sea con la mejor de las intenciones puede significar quitarle a alguien lo más esencial que posee: su voz en la propia historia de su vida.